

Homenaje

Rosario Castellanos: otro modo de ser

• Marjorie Agosin •

Rosario Castellanos traspasó los umbrales de un formalismo acartonado donde las mujeres sólo ocupaban sitios honoríficos en los mal alumbrados salones de las noches de poesía. Bajo su presencia y lenguaje audaz se convirtió en una de las figuras más notables de la poesía mexicana contemporánea. Nadie la podía acusar de ser una simple poetisa, sino una mujer centrada en su creación forjada en una verdadera vocación y forma de vivir.

Su vida desde la época de Comitán, sometida al feudalismo impuesto por sus padres, su paso por la universidad, su trabajo como maestra, periodista y finalmente diplomática en Israel, fueron algunas de las funciones de su multifacética existencia. Pero siempre la poesía, la creación de imágenes permanecía en forma aguda y constante en la vida de Rosario Castellanos y era también una manera de enfrentarse a sí misma y al mundo.

La infancia en Comitán, estado de Chiapas, marcará un aspecto imprescindible en la obra de Rosario Castellanos. Se inaugura lo que para ella se convertirá en el espacio fronterizo entre el mundo indígena, su infancia y su condición de mujer: "Blanca, casi transparente, con unos grandes ojos negros, Rosario Castellanos será siempre una flor de invernadero."¹

La explotación del indígena, sus silencios, aquellos caminares a hurtadillas por una tierra anclada al misterio y a los silencios impuestos, formará parte de su memoria y de su hacer poesía porque a través del encierro de su nana Rufina y de su propio encierro, su poesía comenzará a forjar alianzas con los marginados, con la historia de las indias y las sirvientas, las mujeres aburridas, las solteronas.

En la novela *Balún Canán*, mal definida como novela indigenista y descubierta hasta hace poco por la crítica, Rosario Castellanos deja que la otredad se apropie de aquel lenguaje robado, creando por medio del silencio, la posibilidad del monólogo de la ira y la soledad de la indígena. Esa soledad de la postergada la trans-

porta, la disloca hacia las comunidades de mujeres solas en la gran ciudad de México en los años sesenta. Habla de ellas sin falsos tapujos porque también habla de sí misma y de sus miedos.

La literatura postulada en la poética de Rosario Castellanos fue, ante todas las cosas, una forma de verse libre, un destaparse y un conocerse, sobre todo un adentrarse al acto de la propia conciencia y



fe: como la creación de un lugar de mujer. *Meditación en el umbral*, poemas escritos en 1972, podría convertirse en aquel extraviado manifiesto y digo extraviado porque se estaba gestando desde un comienzo en la lírica artística de Rosario Castellanos. "Meditación en el umbral" no solo alude a otra vivencia y existencia, sino también a otra forma de entablar un discurso, donde el escribir no se convierte en un encerrado velo, sino que se presenta como un constante desvelar donde el encierro no tiene cabida. Nótese que en este poema, Castellanos invoca tanto el nombre como el espíritu de las grandes creadoras: Santa Teresa de Jesús aguardando en los páramos de Avila, Sor Juana demencial en los últimos años, sometida a extensos castigos, Jane Austen escribiendo a hurtadillas...

Meditación en el umbral, que podría traducirse a meditación en las fronteras, otra vez postula el llegar, el cruzar la posibilidad de la otredad a través de la palabra:

*No, no es la solución
tirarse bajo un tren como la Ana de Tolstoi
ni apurar el arsénico de Madame Bovary
ni aguardar en los páramos de Avila la visita
del ángel con venablo
antes de liarse el manto a la cabeza
y comenzar a actuar.*

*Ni concluir las leyes geométricas, contando
las vigas de la celda de castigo
como lo hizo Sor Juana. No es la solución
escribir, mientras llegan las visitas,
en la sala de estar de la familia Austen
ni encerrarse en el ático
de alguna residencia de la Nueva Inglaterra
y soñar, con la Biblia de los Dickinson,
debajo de una almohada de soltera.*

*Debe haber otro modo que no se llame Safo
ni Mesalina ni María Egipcíaca
ni Magdalena ni Clemencia Isaura.*

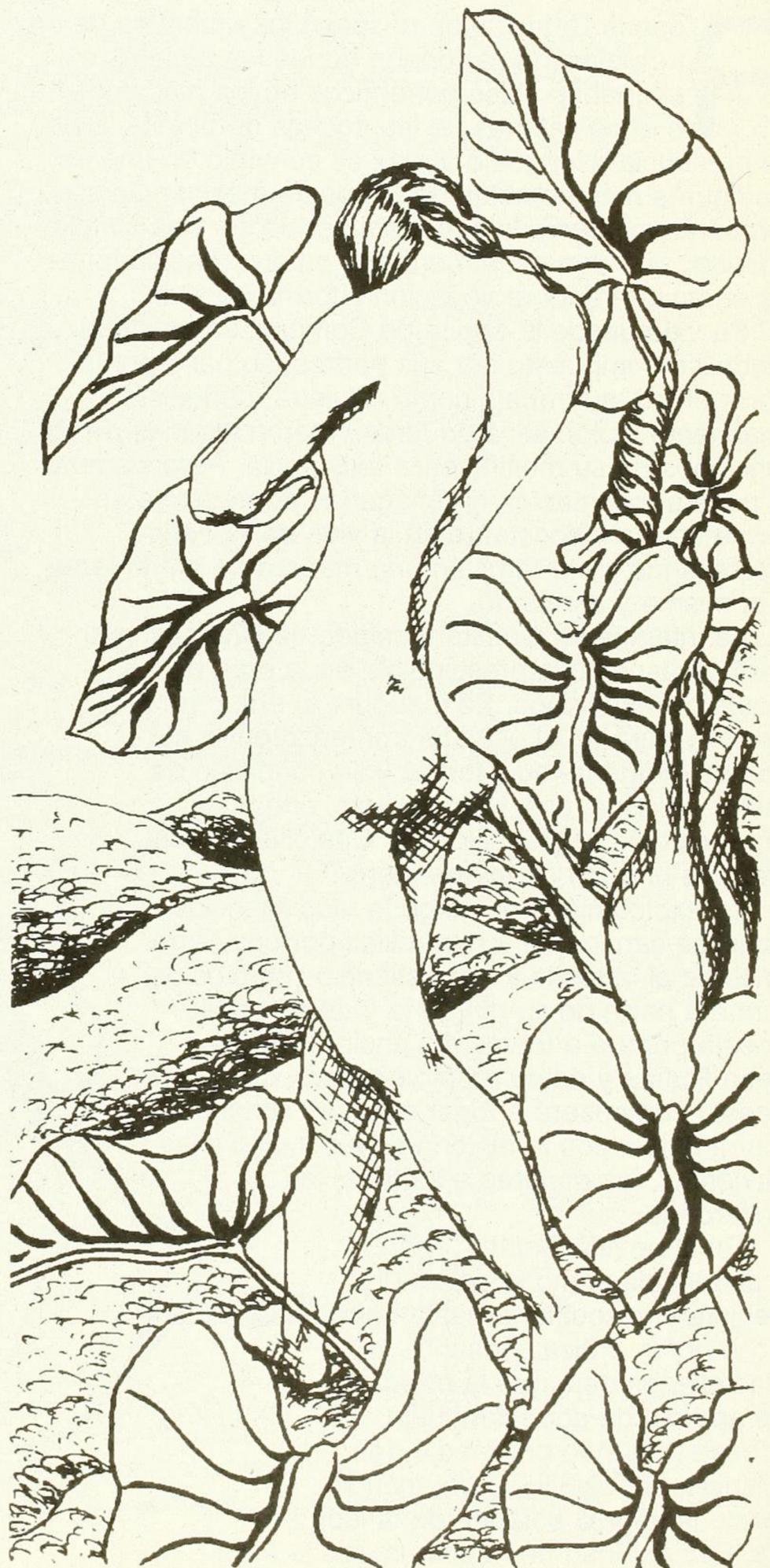
Otro modo de ser humano y libre.

Otro modo de ser.² ("Meditación en el umbral")

La muerte, los silencios y la memoria de la muerte, parecen formar parte inseparable del lenguaje de Rosario Castellanos como de su legado: pero también la muerte, paradójicamente, la acerca a la escritura y la reafirmación de la vida:

*Aquí vine a saberlo. Después de andar golpéandome
como agua entre las piedras y de alzar roncós gritos
de agua que cae despedazada y rota
he venido a quedarme aquí ya sin lamento.
Hablo no por la boca de mis heridas. Hablo*

*con mis primeros labios. Las palabras
ya no se disuelven como hiel en la lengua.
Vine a saberlo aquí: el amor no es la hoguera
para arrojar en ella nuestros días
a que ardan como leños resacos u hojarasca.
Mientras escribo escucho
cómo crepita en mí la última chispa
de un extinguido infierno.
Ya no tengo más fuego que el de esta ciega lámpara
que camina tanteando, pegada a la pared
y tiembla a la amenaza del aire más ligero.
Si muriera esta noche*



sería sólo como abrir la mano,
 como cuando los niños la abren ante su madre
 para mostrarla limpia, limpia de tan vacía.
 Nada me llevo. Tuve sólo un hueco
 que no se colmó nunca. Tuve arena
 resbalando en mis dedos. Tuve un gesto
 crispado y tenso. Todo lo he perdido.
 Todo se queda aquí: la tierra, las pezuñas
 que la huellan, los belfos que la triscan,
 los pájaros llamándose de una enramada a otra,
 ese cielo quebrado que es el mar, las gaviotas
 con sus alas en viaje,
 las cartas que volaban también y que murieron
 estranguladas con listones viejos.
 Todo queda aquí: he venido a saber
 que no era mío nada: ni el trigo, ni la estrella,
 ni su voz, ni su cuerpo, ni mi cuerpo.
 Que mi cuerpo era un árbol y el dueño de los
 árboles
 no es su sombra, es el viento.³ (“**Dos poemas**”)

La metáfora de la mano extendida, de aquella mano generosa que escribe y que también escucha: *Mientras escribo escucho* se une a la imagen de la muerte extendida como el comienzo de la niñez y la inocencia. Para Rosario Castellanos, la creación es el comienzo que se asocia con el vacío, pero también con la posibilidad de la regeneración y la belleza y viene a ocupar un espacio privilegiado en un mundo no materialista. Así, la muerte, la creación y la naturaleza se ligan entre sí, no para implicar ausencias, sino como proceso y deseo.

Si la muerte es para Rosario Castellanos una constante comunión con la vida y con él habla, gran parte de su vida estará unida a esta vinculación con las sin voz, con los objetos aparentemente inhóspitos y mudos como son las piedras, pero para ellas habrá una palabra constante: la memoria.

Gran parte de la poesía de Rosario Castellanos que invoca al mundo indígena aparecerá en forma de poesía pictórica, una visualización de la presencia, de la otra que también se traducirá hacia ella misma:

*Amanece en las jícaras
 y el aire que las toca se esparce como ebrio.
 Tendrías que cantar para decir el nombre
 de estas frutas, mejores que tus pechos.*

*Con reposo de hamaca
 tu cintura camina
 y llevas a sentarse entre las otras
 una ignorante dignidad de isla.*

*Me quedaré a tu lado,
 amiga,
 hablando con la tierra
 todo el día.⁴ (“**A la mujer que vende frutas en la plaza**”)*

El final del poema postula lo que se traducirá como un elemento fundamental en la obra de Castellanos: aquella identificación con las sin voz, con los dormidos y los impedidos del habla, por eso ella dice: “Me quedaré a tu lado,/amiga,/hablando con la tierra/ todo el día”.

Silencio cerca de una piedra antigua es tal vez uno de los poemas más enigmáticos y trascendentales de Castellanos. Las piedras ocupan el sitio del espacio sagrado donde las palabras cobran la forma de una reverencia, como también de un decir que es un cantar. Todo el poema funciona bajo las coordenadas del espacio gráfico y visual. Rosario Castellanos nos traslada a las visiones más alejadas de Comitán, visiones que son como “Los fragmentos/ de mil dioses antiguos derribados/ ...De las bocas destruidas/ quiere subir hasta mi boca un canto...”⁵

Silencio cerca de una piedra antigua vendría siendo una llamada a una resurrección, tanto de las palabras como del lenguaje para poderlas nombrar. Todo el poema funciona bajo las coordenadas de la mujer y el diálogo permanente como historia sumergida. Las alusiones a los templos sumergidos, como a las bocas hundidas en su destrucción funcionan como imagen central del poema que ocupa a veces los espacios de una narración circular, donde todo regresa y gravita como si fuese una olla. La mujer que habla, también intenta recomponer el ritmo de las palabras, recuperar el gesto y volver a sentarse con todas las posibilidades del habla “como con una cesta de fruta verde, intactas”.⁶ (“*Silencio cerca de una piedra antigua*”).

Las piedras antiguas, precolombinas, parecieran ser las guardianas del lenguaje donde poco a poco la que habla les comienza a dar vida como si éstas también fuesen palabras sumergidas de la misma forma en que se sumerge un templo en la historia.

Silencio cerca de una piedra antigua funcionaría como una poética en la obra de Castellanos debido a que ubica la posibilidad de dar voz, lengua y rescate a la historia de la indígena por medio de una voz que habla con poesía validada por el lenguaje de los ancestros: “Pero yo no conozco más que ciertas palabras/en el idioma o lápida/ bajo el que sepultaron vivo a mi antepasado”.⁷ (“*Silencio cerca de una piedra antigua*”).

Las tejedoras de Zinacanta, Escogedoras de café en el Soconusco, La oración del indio y Una palmera son todos poemas que vendrán a postular una fuerte adhesión a lo indígena y a la relación con la otredad. Es obvio que Rosario Castellanos postula una fuerte alianza con el elemento de la marginación, pero ella no se apropia de ésta, sino que la convierte en aliada y la mira de frente:

*Desde el país oscura de los hombres
 he venido, a mirarte, de rodillas.
 Alta, desnuda, única
 Poesía.⁸ (“**Una palmera**”).*

Las mujeres solas, las de mirada solapada, acongojadas en cuartos, plasmadas del dolor, del encierro, también forman parte del legado de Rosario Castellanos. Por ejemplo, el bello poema *Jornada de la soltera* postula un estar en el mundo sometida a los ritmos de la ausencia y la imposición de sólo ser compañía femenina.

La soltera es alguien que al estar en la sociedad se desplaza ocupando un espacio de cenizas, una constante espera opacada. *Jornada de la soltera* alude también al estado de la separación otorgado a las mujeres solitarias, a las mujeres desplazadas, en los inmensos páramos guardando una ilusión trastocada. Poema que se complementa con forma singular con *Autorretrato* donde la presencia de lo femenino es deshechable como un trasto viejo.

Yo soy una señora: tratamiento arduo de conseguir, en mi caso, y más útil para alternar con los demás que un título extendido a mi nombre en cualquier academia.

Así, pues, luzco mi trofeo y repito: yo soy una señora. Gorda o flaca según las posiciones de los astros, los ciclos glandulares y otros fenómenos que no comprendo.

Rubia, si elijo una peluca rubia. O morena, según la alternativa. (En realidad, mi pelo encanece, encanece.)

Soy más o menos fea. Eso depende mucho de la mano que aplica el maquillaje.

Mi apariencia ha cambiado a lo largo del tiempo -aunque no tanto como dice Weininger que cambia la apariencia del genio-. Soy mediocre.



Lo cual, por una parte, me exime de enemigos y, por otra, me da la devoción de algún admirador y la amistad de esos hombres que hablan por teléfono y envían largas cartas de felicitación 'Que beben lentamente whisky sobre las rocas y charlan de política y de literatura...'⁹ ("Autorretrato")

Este poema es el que guarda una mayor similitud con la esencia de Rosario Castellanos. Ella fue y sigue siendo parte de la poesía, su cuerpo, sus fragmentos, la historia de una tradición indígena sepultada aparece en ella como si fuera una sola y absoluta realidad. En *Autorretrato* se revela y se refleja la vida de una mujer que a pesar de intentar ser parte de su propia esencia aparece dislocada en varias facetas. El autorretrato se hace también historia y pesadilla, dolor y separación.

Escribo. Este poema. Y otros. Y otros. Hablo desde una cátedra. Colaboro en revistas de mi especialidad y un día a la semana publico en un periódico.

Vivo enfrente del Bosque. Pero casi nunca vuelvo los ojos para mirarlo. Y nunca atravieso la calle que me separa de él y paseo y respiro y acaricio la corteza rugosa de los árboles.

Sé que es obligatorio escuchar música pero la eludo con frecuencia. Sé que es bueno ver pintura pero no voy jamás a las exposiciones ni al estreno teatral ni al cine-club.

Prefiero estar aquí, como ahora, leyendo y, si apago la luz, pensando un rato en musarañas y otros menesteres.

Sufro más bien por hábito, por herencia, por no diferenciarme más de mis congéneres que por causas concretas.

Sería feliz si yo supiera cómo. Es decir, si me hubieran enseñado los gestos, los parlamentos, las decoraciones.

En cambio me enseñaron a llorar. Pero el llanto es en mí un mecanismo descompuesto y no lloro en la cámara mortuoria ni en la ocasión sublime ni frente a la catástrofe.

Lloro cuando se quema el arroz o cuando pierdo el último recibo del impuesto predial.¹⁰ ("Autorretrato")

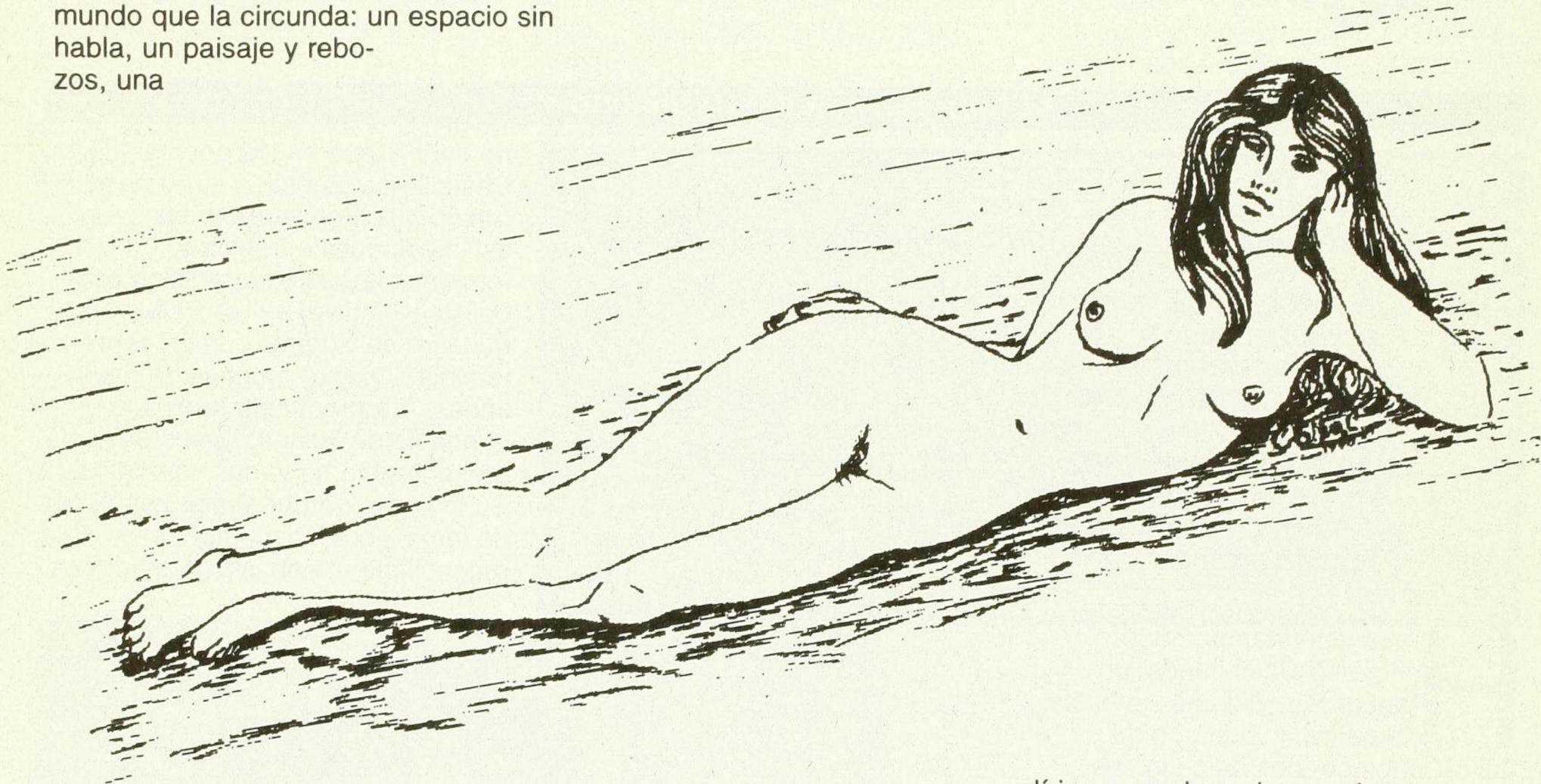
Rosario Castellanos, más que una pionera, se extiende ante nosotras como un espejo abierto lleno de

pliegues y quiebres. A través del vidrio a veces enmohecido dejamos pasar los vestigios de la luz y sus detalles. Aparece inocente en todo su esplendor como también contradictoria e irónica, buscando un lenguaje que crepita, que arde, pero más que nada, que continúa haciéndose a través de las historias, de las vivencias que Rosario Castellanos emite desde su presencia de escritora.

Tanto las novelas autobiográficas *Balún Canán* y *Ciudad Real* como los poemas primerizos y obra ya madura, proponen una constante relación con el mundo que la circunda: un espacio sin habla, un paisaje y rebozos, una

llamado, en un salir de la apatía como en el establecimiento de otros modos de ser.

Rosario Castellanos no se limitó a esperar, sobre todas las cosas lucho por forjar un espacio, un decir por medio de la confrontación valerosa de la palabra. Hasta la fecha, poquísimas poetisas se han aventurado en los temas abordados por Rosario Castellanos, sin falsos tapujos, sin intimidar la lectura. Haciendo que tanto la hablante



casa de mujeres habitadas en la soledad. Sin embargo, ella nos dice:

*Yo no voy a morir de enfermedad
ni de vejez, de angustia o de cansancio.
Voy a morir de amor, voy a entregarme
al más hondo regazo.
Yo no tendré vergüenza de estas manos vacías
ni de esta celda hermética que se llama Rosario.
En los labios del viento he de llamarme
árbol de muchos pájaros.¹¹*

El llamarse, el nombrarse, ese diálogo incesante por capturar los espacios de la mudez, convierten a Castellanos en un portavoz de la existencia femenina, más que ninguna figura artística sabe dar el lenguaje a ciertas encrucijadas del rol de la mujer sometido a su condición de encierro. La protesta se transforma en un

lírca como la mujer que lee participan de un constante despojarse de prendas para así, por fin decir, ser libres, revisarse a sí mismas y comenzar a vivir:

“Escribo porque yo un día adolescente/ me incliné ante un espejo y no había nadie”¹² (*Entrevista de prensa*).

Ahora la voz de Rosario Castellanos nos llena de ecos. Gracias a su lírica no estamos solas, habitadas en un páramo vacío. Alguien nos llama y nos inscribe. *Jem*

1 Prólogo por Elena Poniatowska a Rosario Castellanos, *Meditación en el umbral: Antología poética*, México: Fondo de Cultura Económica, 1985, p. 15.

2 *Ibid.*, p. 73.

3 *Ibid.*, pp. 101-102.

4 *Ibid.*, p. 107.

5 *Ibid.*, p. 108.

6 *Ibid.*

7 *Ibid.*, p. 109.

8 *Ibid.*, p. 115.

9 *Ibid.*, pp. 185-186.

10 *Ibid.*, pp. 186-187.

11 *Ibid.*, p. 27.

12 *Ibid.*, p. 191.